



UN CONTRATO

Los llamados Brument (Cesáreo Isidoro) y Cornu (Próspero Napoleón), comparecieron ante la Audiencia como acusados de tentativa de asesinato por «inmersión» de la mujer legítima del primero.

Sentáronse los dos juntos en el banquillo. Eran dos labriegos. Brument, bajo, grueso, con los brazos cortos, las piernas cortas, la cabeza grande, coloradote, granujiento, de cuello corto y espalda encorvada. Vivía dedicado á la cría de cerdos. Cornu era flaco, de regular estatura y brazos descomunales; tenía la cabeza inclinada, la boca torcida y era bizco. Llevaba una blusa larga, y su pelo amarillento y lacio, daba á su rostro un aspecto de cosa vieja y sucia que infundía horror. Le llamaban *el Cura* porque imitaba muy bien los cantos de iglesia. Desde muy temprano llevaba público á su taberna, pues era tabernero en Cliquetot, y la mayor parte de

sus clientes preferían «la misa de Cornu» á la misa del párroco.

La mujer de Brument, sentada en el banco de los testigos, era una campesina seca y huesuda, que parecía estar siempre dormida, inmóvil, con las manos cruzadas sobre las rodillas, la mirada fija y la expresión estúpida.

El presidente continuó el interrogatorio.

—Es decir, señora Brument, que los dos entraron en la casa y la metieron á usted en una cuba llena de agua. Refiéranos los hechos detalladamente. Levántese usted.

Se levantó, alta como un mástil, con la cabeza cubierta por una cofia blanca, y dijo:



—Yo desgranaba judías. Ellos entraron. Yo me dije: «¿Qué pensarán? Me parece que no están serenos. Traen malas intenciones.» Me miraron de través, sobre todo Cornu, que bizca. No me gusta ver á mi hombre con amigos, porque no se les ocurre nada bueno cuando están juntos. Entonces les dije: «¿A qué venís?» No me contestaron y sentí cierta desconfianza, como una especie de temor.

El acusado Brument interrumpió con vivacidad la declaración de su esposa, diciendo:

—Yo estaba borracho.

Entonces Cornu, volviéndose hacia su cómplice, dijo con voz resonante como una nota de órgano:

—Di que los dos íbamos borrachos y no mentirás.

El presidente preguntó con severidad:

—¿Ustedes aseguran que iban borrachos?

Brument respondió:

—Eso no se pregunta.

Y Cornu repuso:

—Eso le sucede á cualquiera.

El presidente, dirigiéndose á la víctima, dijo:

—Continúe usted su declaración, señora Brument.

La mujer prosiguió:

—Entonces mi hombre me hizo esta pregunta: «¿Quieres ganar cinco francos?» Le contesté que

sí, porque cinco francos no se encuentran fácilmente á cada momento. Entonces me dijo: «Ayúdame.» Y se fué á buscar la cuba que tenemos debajo de la canal del rincón y la volcó y la hizo rodar hasta la cocina, y la puso de pie y me dijo: «Echa cubos de agua.» Y comencé á llevar agua y más agua durante una hora, y la cuba no acababa de llenarse, porque, sea dicho con perdón, tiene mucha panza. Entre tanto, Brument y Cornu bebían aguardiente. Y yo les dije: «Estáis más llenos vosotros que la cuba.» Y Brument me respondió: «No te preocupes; tú sigue trayendo agua, que ya te llegará el turno, seguramente.» No hice caso de lo que oía, porque ya estaban borrachos.

Cuando la cuba rebosaba, les dije: «Ya está.» Y entonces Cornu me dió cinco francos. No me los dió mi marido; me los dió el otro. Y Brument dijo: «¿Quieres ganar cinco más?» Contesté que sí, porque no estoy acostumbrada á esos regalos, y entonces me dijo:

—Desnúdate.

—¿Que me desnude?

—Sí; desnúdate.

—¿Hasta dónde quieres que me desnude?

—Si te molesta quedar en cueros, no te quites la camisa.



Cinco francos valen bien la pena; y comencé á desnudarme, aunque no me gustaba mucho hacerlo en presencia de aquellos dos inútiles. Me quité la cofia, el jubón, la falda y los zapatos. Brument, me dijo: «No te obligamos á quitarte las medias»; y Cornu replicó: «No te obligamos.»

Así me quedé casi como nuestra madre Eva. Ellos se levantaron, aunque apenas podían tenerse de pie, tan borrachos estaban, con perdón sea dicho, señor presidente.

Yo me dije: «¿Qué maquinan?» Brument, preguntó: «Estamos ya?» Y Cornu repuso: «Ya estamos.»

Y de pronto, entre los dos, me cogieron, Brument por la cabeza y Cornu por los pies, como se coge un paño de la colada. Quise gritar, y Brument me amenazó: «Cállate, cochina.»

Me levantaron entre los dos y me zambulleron en la cuba, lo cual me produjo una revolución en la sangre y un enfriamiento que me llegó á los tuétanos.

Y Brument, dijo: «¿Nada más eso?»

Cornu respondió: «Nada más.»

Brument dijo: «Falta la cabeza.»

Cornu respondió. «Bueno. Mete la cabeza en el agua.»



Y Brument me coge por el cuello para obligarme á meter la cabeza, y casi me ahoga y se me llenan de agua las narices, y me creo ya muerta. Luego me deja y me dice: «Anda, corre á secarte.» Corro asustada y me voy á casa del señor cura para que me preste ropa de su criada; el señor cura, viéndome de aquel modo, avisa corriendo á Chicot, el guarda campestre, y Chicot va en seguida en busca de los

gendarmes que llegan y me acompañan á mi casa.

Encontramos á Brument y á Cornu disputando y topándose como dos carneros.

Brumet gritaba: «Mentira; te repito que ha de ser más de un metro cúbico».

Cornu vociferaba: «Cuatro cubos hacen apenas medio metro cúbico. La cosa es clara».

Los gendarmes los agarraron. Yo no pude hacer nada.

La mujer se sentó. El público reía. Los jurados se miraban unos á otros con sorpresa. El presidente dijo:

—Acusado Cornu: según parece, fué usted el instigador del infame intento. ¿Tiene usted alguna cosa que alegar en descargo?

Y Cornu, levantándose, objetó:

—Señor presidente, estábamos borrachos.

El presidente dijo con gravedad:

—Ya lo sé. Continúe.

—A eso voy. Pues Brument fué á mi taberna hacia las nueve, y se hizo servir dos medias copas diciéndome: «Una es para ti, Cornu.» Me senté, y para corresponder al obsequio, pedí otras medias copas. Luego él quiso volver á obsequirme; yo hice lo mismo, y siguiendo así, al medio día estábamos

borrachos los dos. Entonces Brument comenzó á llorar. Enternecido, le pregunté por qué lloraba, y me dijo que necesitaba mil francos para el jueves. Yo no sabía qué contestarle y él de pronto me dijo: «Te vendo mi mujer.»

Yo estaba borracho, y además, como soy viudo, ya comprenderá usted, aquella proposición me dió que pensar. Yo no conocía á su mujer; pero una mujer es siempre una mujer, ¿no es cierto? Por eso le pregunté: «¿Y en qué forma me la vendes?»

Reflexionó; al menos parecía que reflexionaba. Cuando uno está borracho no se ven muy claras las cosas y cuesta trabajo pensar. Al fin, me respondió: «Te la vendo á tanto el metro cúbico.»

No me pareció extraña la proposición, porque conozco esas medidas muy usadas en el oficio, y además por estar borracho. Un metro cúbico son mil litros; me pareció bien la cosa.

Sólo nos faltaba fijar el precio. Esto dependía, naturalmente, de la calidad. Yo le dije: «¿A cuanto el metro cúbico?»

Y me respondió: «A dos mil francos.»

Salté como un conejo asustado, pero comprendí luego que una mujer no debe medir más de trescientos litros, á pesar de lo cual dije: «Me parece muy caro.»

El respondió: «Es el precio justo; haciendo la más pequeña rebaja, perdería.»

Como él es tratante en cerdos, conoce su oficio y sabe alabar su mercancía; pero yo, que vendo y compro también, sé defender mi conveniencia. Se me ocurrió decirle: «Si fuese nueva no te diría que no; pero te ha servido: es una cosa usada. Te la pago á mil quinientos francos el metro cúbico; ni un céntimo de más, ¿te conviene?»

Brument respondió: «Hecho.» Y después de darnos un apretón de manos, fuimos á su casa, sosteniéndonos mutuamente, como debe ser, porque hay obligación de ayudarse unos á otros en esta vida.

Pero se me ocurrió una duda: «¿Cómo vas á medirla?»

Entonces me dió á conocer tranquilamente su idea, borracho como estaba: «Cojo una cuba, la lleno de agua hasta los bordes. Meto á mi mujer en la cuba, y toda el agua que rebose dará un volumen idéntico al de mi mujer.»

Yo le dije: «Comprendo. Pero el agua que rebose caerá. ¿Cómo la recogeremos para medirla?»

Entonces me llamó bruto, explicándome que bastaba medir la parte vacía, cuando su mujer saliera. Toda el agua que sería necesario añadir para volver á llenar hasta el borde de la cuba, era la

medida. Piensa bien ese maldito, hasta cuando está borracho.

Llegamos á su casa y vi á la mujer. No me pareció una gran cosa; todos pueden verla. Pero me dije: «¿Qué importa?» Guapa ó fea lo mismo sirve para el caso. ¿No es verdad, señor presidente? Y notando al primer golpe de vista que era muy flaca, pensé: «No mide cuatrocientos litros.»

Lo que hicimos después, ella lo ha contado. La dejamos la camisa y las medias en perjuicio mío.

Cuando ella escapó, le dije á Brument: «Oye, ¿cómo formalizarás la venta sin la mercancía?»

Brument me respondió tranquilamente: «No tengas miedo, que no se pierde. Ha de volver por la noche á dormir. Entre tanto mediremos el déficit.»

Y medimos cuatro cubos escasos, ¡já, já, já!...

El procesado se puso á reír con tanta gana que un gendarme tuvo que advertirle su inconveniencia. Ya tranquilo, prosiguió:

—Al ver aquello, Brument me dijo: «Es muy poco, no hay nada de lo tratado.»

Yo grito, él grita, ninguno quiere ceder, nos agarramos y estuvimos dándonos voces y golpes hasta que llegaron los gendarmes.

Nos cogen, nos separan, nos zarandean y nos encierran después en un calabozo. Me han tenido

preso injustamente y pido al tribunal daños y perjuicios.

Acabando de hablar volvió á sentarse.

Brument hizo las mismas declaraciones que su cómplice, y después el jurado se retiró á deliberar.

Al cabo de una hora reapareció, absolviendo á los acusados, y el tribunal decretó su libertad haciéndoles amonestaciones muy severas fundadas en la dignidad del matrimonio y estableciendo una conveniente limitación en las transacciones comerciales.

Brument volvió á su domicilio conyugal en compañía de su mujer.

Cornu se fué solo á su taberna.



EL ASESINO

ESTÁ probado el hecho. Mi defendido, un hombre irreprochable, bondadoso, incapaz de ningún abuso, asesinó á su principal en un arranque de cólera que parece incomprensible. ¿Me permitiréis ahora, señores jurados, me permitiréis que haga la psicología del crimen sin atenuaciones y sin excusas?

Juan Nicolás Lougere pertenece á una honrada familia que hizo de él un hombre sencillo y respetuoso.

Este fué su crimen... ¡el respeto! Es un sentimiento, señores, apenas conocido ya, cuyo poder y cuya influencia desaparecieron, quedando el nombre solamente. Hay que acudir á ciertas gentes modestas chapadas á la antigua, para encontrar la tradición severa, el sentimiento religioso de las cosas y de los hombres, la buena fe revestida con sagrados ca-

racteres, que no sufre ni la malicia, ni la duda ni la más leve sospecha.

No se puede ser hombre honrado, profunda y completamente honrado, en toda la extensión de la palabra, sin ser respetuoso. El hombre respetuoso es crédulo y anda por el mundo con los ojos cerrados. Nosotros, que lo vemos todo, que fijamos en todo nuestra mirada penetrante, que vivimos en este Palacio de Justicia, sumidero de la sociedad, á donde llegan rodando todas las infamias; nosotros, que somos los confidentes de todas las vergüenzas, los defensores de todas las pillerías, los apoyos de todos los tunantes y de todas las tunantas, desde los príncipes calaveras hasta los raterillos hambrientos; nosotros, que acogemos con indulgencia, con benevolencia, las mayores bellaquerías y las disculpamos ante vosotros, para que no las castigáis; nosotros, que si estimamos el oficio medimos nuestra importancia con la importancia del crimen que por nuestra defensa queda impune; señores jurados: nosotros no podemos tener un alma respetuosa. Vemos de muy cerca el torrente de corrupción que va desde los Poderes públicos á los últimos descamisados, y sabemos de sobra cómo se hace todo, cómo se mixtifica todo, cómo se vende todo. Empleos, distinciones honoríficas, á cambio

de participaciones industriales, de un poco de oro, de una caricia femenil. La profesión y el deber nos obligan á no ignorar nada y á sospechar de cualquiera. Por eso nos deja sorprendidos hallarnos frente á un hombre que profesa, como este infeliz asesino, la religión del respeto, hasta el punto de convertirse un día en mártir de respeto.

Nosotros, señores, solamente somos honrados como somos limpios, porque lo sucio nos inspira desdén, por un sentimiento de dignidad y de orgullo; pero no llevamos, como ese hombre lleva, grabada en el corazón la fe poderosa, brutal, implacable, incorruptible.

Permitidme que os cuente su historia.

Enseñáronle, como antiguamente se hacía, que las acciones del hombre se hallan divididas en dos hemisferios: lo bueno y lo malo. Hiciéronle definir el bien con autoridad irresistible para que lo distinguiera del mal, como se distinguen el día y la noche. Su padre no perteneció á la raza de seres superiores que, profundizando las cosas, descubren los orígenes de las creencias y reconocen las necesidades sociales que dieron lugar á esas convenciones.

Crióse, pues, religioso, confiado, entusiasta y de pocos alcances.

A los veintidós años se casó, le casaron, con una prima educada como él, sencilla como él, pura como él. Tuvo la suerte inapreciable de tener por compañera una honrada mujer, de corazón sencillo; es decir, lo que hay más digno de respeto y más difícil de hallar en el mundo. Sentía por su madre la veneración propia de las familias patriarcales, un culto parecido al que inspira la divinidad, y consagró á su mujer una veneración semejante, poco atenuada por las relaciones propias del matrimonio. Así vivió ignorando en absoluto las malicias y las torpezas, en una rectitud obstinada, en un bienestar inocente, como un ser aparte. No engañando á nadie, no sospechó que nadie le quisiera engañar.

Cuando se casó, era ya cajero de la casa del señor Langlais, á quien ha matado últimamente..

Sabemos por los testimonios de la señora de Langlais, de su hermano el señor Perthuis, socio del marido, y de todos los jefes de aquellas oficinas bancarias, que Longere fué un empleado modelo, probo, sumiso, atento, respetuoso y trabajador.

Se le trataba con toda la consideración merecida por su conducta ejemplar. Le habían acostumbrado á esta deferencia, y á la especie de veneración

que inspiraba su mujer, de la cual hacían todos grandes elogios. La infeliz murió de una fiebre tifoidea en pocos días.

Esta desgracia debió causar á Longere un dolor profundo, pero en apariencia reposado, como lo siente un corazón metódico. La palidez era el único signo exterior de su herida.

Entonces ocurrió una cosa muy natural, señores jurados.

Aquel hombre llevaba diez años de matrimonio, tenía la costumbre de sentir siempre una mujer á su lado. Las atenciones femeninas, la voz cariñosa que le despide al salir, y al volver le saluda, que le despierta por la mañana, y le divierte por la noche; la caricia, maternal unas veces y otras apasionada, el roce de un vestido, el contacto de otro ser, todo lo que alegra y endulza la vida, las atenciones íntimas, los primorosos platos bien servidos, cuanto, siendo tal vez pequeño, se hace indispensable con la costumbre... No podía vivir solo. Para no aburrirse tanto en sus interminables noches, iba un par de horas á una cervecería del barrio. Bebía un bock y allí se quedaba inmóvil mirando correr las bolas del billar, entre el humo de las pipas, oyendo, sin fijarse apenas, las disputas de los jugadores, las discusiones de los parroquianos acer-



ca de política, y las risotadas que hacían coro alguna vez á una chistosa frase.

Acababa durmiéndose de aburrido. Pero sentía en su corazón y en su carne la necesidad irresistible de un corazón, de una carne de mujer; y sin darse cuenta, se acercaba cada noche un poco más al mostrador—donde la rubia que despachaba le atraía invenciblemente—, sólo porque veía en ella una mujer.

Pronto hablaron, y él se acostumbró á pasar todas las noches un par de horas cerca de la rubia. Ella era lista y agradable, risueña y obsequiosa, como todas las mujeres que están acostumbradas á servir en establecimientos de tal índole, y Longere sentíase á cada instante más aficionado, más unido á la rubia del mostrador, cuya existencia ignoraba, y que tal vez le subyugó por el solo motivo de que no veía otra.

La rubia comprendió pronto que podía sacar provecho de aquel inocente; pensó cuál sería la mejor manera de explotarlo, resolviéndose á casarse con él. Y lo pudo conseguir sin gran trabajo.

¿Será preciso que os diga, señores jurados, hasta qué punto era licenciosa la conducta de aquella mujer, y que, lejos de amansarse con el matrimonio, se hizo aún más libre?

Por una tendencia natural de la astucia femenina, gozó, burlando á su infeliz marido, con todos los empleados de la casa. He dicho con todos. Fué un escándalo público, un gran escándalo que sólo el marido ignoraba, como de costumbre.

Al fin, aquella tunanta, con propósitos fáciles de adivinar, sedujo al hijo del principal, joven de diez y nueve años, ejerciendo en él una influencia deplorable. Y el señor Langlais, que hasta enton-

ces había callado prudentemente, por bondad y por cariño á su cajero, viendo á su hijo entre las manos—debiera decir entre los brazos—de aquella



perniciosa mujer, no pudo contenerse, y llamó á Longere para comunicarle su indignación paternal.

Sólo me falta, señores, dar lectura del relato del crimen hecho por el moribundo en presencia del juez de guardia:

«Supe de momento que mi hijo había dado la noche antes diez mil francos á esa mujer, y mi cólera pudo más que mi cordura. Si; ni un instante dudé nunca del honrado Longere; pero hay cegueras más peligrosas que muchos abusos.

»Le llamé á mi despacho y le dije que me veía obligado á privarme de sus servicios.

»Quedóse ante mí de pie, asustado, sin comprender nada. Y luego me pidió explicaciones, que no quise darle, asegurando que los motivos eran de orden privado.

»Entonces imaginó que le culpaba de alguna indelicadeza, y descompuesto, pálido, insistió, queriendo averiguar cuál era la supuesta culpa en que se fundaron mis resoluciones.

»Como yo nada le decía, exaltándose más, gritaba; seguí callado, y me provocó, me insultó, me amenazó. Estaba tan alocado, que temí llegase á golpearme; pero tuve paciencia y aguanté.

»Una palabra suya, una palabra que me hirió profundamente, me hizo arrojarle al rostro la verdad, toda la verdad.

»Quedóse rígido unos instantes, me miró con los ojos turbados; luego le vi coger sobre mi pupitre las tijeras de que me sirvo para cortar los talones, y acercarse á mí furioso, con el brazo levantado.